

CUENTA EL VIENTO- Rumisonko

Rumi Sonko



Capítulo 1

Autor: Rumi sonko— rumisonko310@gmail.com

CUENTA EL VIENTO

Hubo un tiempo en que los cerros y montañas caminaban como seres supremos sobre la tierra y compartían sus conocimientos con las personas. Eran felices, las personas escuchaban sus consejos y convivían con ellos. Las montañas y cerros de la cordillera de los Andes eran hermanos, se divertían entre ellos, a veces jugaban torpemente, es por eso que Illimani y Sajama tenían ciertas heridas. Pero había cierta montaña en especial, pues era mucho más pequeña que sus hermanos y hermanas mayores, como el Illimani, el Sajama, Illampu, Ancohuma, el Chaupi Orco y otros.

Cierto día, algo paso. Llegaron hombres de caras pálidas con pelo en la cara, eran diferentes a las personas a las que estaban acostumbrados. Las montañas y cerros se veían preocupados, pues los nuevos hombres hacían cosas extrañas y no los escuchaban como las personas que solían hacerlo, e incluso ellos dejaron de escucharlos, porque tenían problemas, problemas ocasionados por los hombres recién llegados.

Las montañas y cerros que antes eran tan importantes para las personas dejaron de serlo, dejaron de escucharlos y no es porque las personas lo hubieran querido así, tenían tanto sufrimiento en sus almas que no podían pensar en otra cosa. La pequeña montaña se encontraba tan desconsolada porque ya no podía moverse como antes, ya que, eran las personas quienes les daban el poder para moverse, pero ahora ya no podían. Ya no las admiraban como solían hacerlo, ya no hablaban con ellos y ya no les podían compartir su conocimiento.

Un día, mucho, mucho tiempo después, algo maravilloso sucedió, las personas se volvían a acercar a las montañas y a los cerros. La pequeña montaña se sentía tan feliz, tan alegre, por fin volverían las personas, para poder hablar y para poder admirarla. Pero algo estaba mal, no era como antes, si bien había muchas personas cerca de los cerros más grandes, como sus hermanos, no era como antes, ya no los escuchaban, al contrario, los veían como simples bloques de tierra y comenzaron a lastimarlos calando en sus entrañas.

La pequeña montaña veía con tristeza como le hacían daño a sus hermanos mayores, como los destruían poco a poco, Sumak Urqu (Cerro Rico de Potosí) fue uno de los primeros en sufrir, sus demás hermanos no podían hacer nada para protegerlo, ya no tenían la fuerza de antes. Al ser tan pequeña la montaña y quedar oculta entre sus hermanos más grandes le dio una ventaja, las personas no la notaban, y no le

hicieron lo mismo que a sus hermanos, se sentía un poco aliviada, pero aún sentía una gran tristeza por el sufrimiento de sus hermanos los cuales iban muriendo poco a poco. Pero sabía que era cuestión de tiempo para que las personas le hicieran lo mismo que a sus hermanos, y es por eso que tomo una decisión, para poder protegerse, aunque no estaba segura de sí funcionaria.

"Sé que no está en nosotros hacer este tipo de actos, pero no me queda de otra". Pensaba y así un día lluvioso, lejos en las montañas, se escuchó algo asombroso.

Cuenta el viento, que cierto día se escuchó el sollozo de un bebe, cerca de las montañas, en la cordillera de los Andes, aunque nadie le dio importancia, pues era un día de lluvia y pensaron que estos sonidos los traía la lluvia. Pasaron los años desde ese día de lluvia y en un pueblo lejano, cerca de las montañas y el río, se vio a una niña de no más de 4 años de edad, con los cabellos gruesos, desordenados, con un par de ojos negros, grandes y hermosos como la noche, estaba descalza y con un camisón grande que cubría su pequeño cuerpo. Nadie supo de dónde venía la niña, nadie sabía de quién era hija.

La niña aparecía esporádicamente caminando por los alrededores del pueblo, muchos al toparse con ella intentaron hablarle, preguntarle de donde venía, quien era y cuál era su nombre, pero siempre escapaba, y no la volvían a ver, y por alguna razón supusieron, que la niña solo era su imaginación o algún tipo de fantasma. Tiempo después una anciana que vivía a las afueras del pueblo logro entablar un vínculo con ella, sin que nadie se diera cuenta, le hablaba, intentaba acercarse poco a poco, mientras trataba de ayudarla con lo que podía. En uno de sus primeros encuentros, la anciana trato de tener una conversación con ella, preguntándole como se llamaba, pero la niña no le respondió, solo, la miraba, parecía no entender, y en vez de responder le entrego un pétalo de amancaya que tenía enredado en el pelo. Entonces la anciana le pregunto si se llamaba así "Amancaya". Pero la niña no le respondió, nada más la veía y supuso que así se llamaba, la anciana con una sonrisa le dijo que ella se llamaba Justina, pero le decían Tina, la anciana seguía preguntándole, quienes eran sus padres y de donde venía, pero la niña solo apunto, hacía unos cerros que se encontraban algo lejos y empezó a correr hacia ellos. Tina no podía correr tras de ella, ya que, tenía las rodillas y la espalda dañadas por el frío y la edad. Solamente, la vio correr hasta perderse en las montañas.

Así pasó mucho tiempo con pequeñas charlas, entre Amancaya y Tina. Amancaya nunca se quedaba mucho tiempo con Tina, pero a veces podía enseñarle cosas, como palabras en español y el poco aimara que sabía. También cada cierto tiempo la peinaba, ya que el cabello de la niña era muy hermoso, y Tina pensaba que era un delito no poder peinarlo. En ocasiones pudo cocerle algunas prendas con tela vieja que tenía, pero por

más que quiso no pudo darle unas abarcas, eran algo caras y la anciana era muy pobre. Pasaron días, meses y años en los cuales la niña y Tina entablaron una amistad de la cual nadie sabía. Únicamente Tina sabía de la existencia de Amancaya, porque vivía en las afueras del pueblo. Cierta día, Tina cayó enferma y Amancaya, que ahora era un poco más grande, trataba de cuidarla con lo poco que tenía Tina y unas yerbas que ella conseguía. La niña con lágrimas de impotencia en los ojos le decía que no podía hacer más.

—No importa mi niña, de todos modos, ya soy vieja, no puedo vivir toda la vida— le decía Tina y a la niña comenzaba a llorar. Tina, preocupada por la situación y sabiendo que era su única oportunidad para hacer que alguien más se ocupara de Amancaya, la mando a en busca del padre del pueblo, pero la niña se negaba, pues, no hablaba con nadie que no fuera ella. Tina le explicaba que él era bueno y siempre las había ayudado.

Amancaya, sin otra opción, acepto ir por el padre, ella conocía muy bien donde quedaba y de quien hablaba Tina, pues ella espiaba a todo el pueblo. Sabía muy bien quien era cada persona, pero nunca había entablado conversación con nadie más que con la anciana Tina. Y así fue como se encaminó al pueblo. La niña se acercó sigilosamente hasta la iglesia, al entrar vio al padre sentado en una de las bancas y se fue acercando a él, hablaba bajito con los ojos cerrados. Estaba rezando. Al terminar el padre levanto la vista exaltándose y gritando del susto por la presencia de la niña. El padre le pregunto quien era, porque nunca la había visto antes y Amancaya solo le respondió con su nombre, el padre le hizo más preguntas sobre, de donde era y quienes eran sus padres, pero Amancaya no respondió nada más. El padre, un poco cansado de sus nulas respuestas, le dijo que si no le decía nada más no podía ayudarla y la niña finalmente le dijo el nombre de su amiga.

— ¿Tina?, tú la conoces— le preguntó sorprendido— ya no la veo hace una semana, pensé que se había marchado o algo así dijo para sí mismo. Entonces Amancaya procedió a contarle lo que pasaba con su amiga y lo mal que se encontraba. El padre, aún más preocupado, le dijo que iría por el doctor y a la niña la mando a casa de Tina para cuidarla.

Amancaya, entendiendo las palabras del padre, se apresuró a ir hasta donde se encontraba la casa de Tina. Pero al salir de la iglesia se topó de frente con una niña, ella jamás había entablado conversación con otros niños y se sentía más tímida de lo que se sintió con el padre, esta niña parecía tener casi la misma edad que ella. Empezó a analizarla y ella también, porque si bien sabía quién era también le tenía algo de miedo. La niña le pregunto quien era y Amancaya le respondió con su nombre y le devolvió la pregunta.

—Yo soy Zara y estoy jugando ¿Quieres ser mi amiga? — le pregunto

atropellada la niña.

— ¿Wintata? (amiga) — dijo Amancaya sonriendo y olvidando lo que tenía que hacer. — Si — dijo Zara — seremos amigas, ven vamos a jugar.

Y así, las niñas se pasaron el día jugando y divirtiéndose y Amancaya, en medio de su inocencia de niña, olvido el problema que aquejaba a su querida amiga Tina. Pero, es que no se puede esperar que un niño a esa edad este preocupado por algo tan intenso como el malestar de Tina y sobre todo para Amancaya, que era la primera vez que se relacionaba con personas de su edad. Los juegos y las risas la envolvieron, olvidando a donde debía ir, porque por primera vez estaba viviendo como una niña más.

Mientras tanto el padre iba apresurado con el doctor del pueblo a la casa de Tina, se sentía muy culpable de no haber notado su ausencia, si bien trataba de ayudar a todos en el pueblo, procuraba hacerlo con los que más lo necesitaban, como con ella. Al llegar a la casa golpeó la puerta y como nadie contestaba paso directamente.

— ¿Tina? ¿Estás aquí? — preguntó entrando con el doctor, rezando por no haber llegado demasiado tarde. Pero el alma le regreso al cuerpo al escucharla débilmente. El padre le preguntó cómo se encontraba y que tenía y ella le respondía resignada que era solo la edad que reclamaba su cuerpo. El padre le explicaba que ella estaría bien, que el médico, la revisaría y todo se arreglaría.

Mientras el doctor la revisaba, se notaba en su rostro que las cosas no iban muy bien con Tina. El doctor tuvo que darle la noticia al padre de que probablemente este sería el último día Tina. Pero el padre se negaba a aceptar tal cosa, queriendo hacer algo más por ella, queriendo resarcir el error que sentía en su corazón, pero el doctor no le dio esperanza y le dijo que lo mejor era dejarla descansar, el padre resignado fue hasta la cama donde se encontraba acostada.

— Padre no este triste, ya es mi hora — le decía Tina al padre comenzando a contarle quien era Amancaya. El padre, con resignación ante la situación, escuchó la historia que tenía Tina sobre Amancaya. Le relato todo o lo poco que sabía sobre la niña. Como fue que se conocieron, como entablaron una amistad y como Tina le dio todo el amor de madre que tenía guardado en su corazón. El padre, aún más confundido, le comenzó a preguntar más sobre Amancaya e incluso el doctor parecía preocupado. Le hicieron preguntas sobre donde vivía la niña y ella le respondía solo lo que sabía.

Tina le explico que la niña vivía en Jiska Qullu (pequeño cerro) el que se encontraba cerca del río y que nunca pudo retenerla en su casa, porque la niña era muy huraña y no quería obligarla a nada. El padre estaba aún

más incrédulo sin poder creer que esa niña vivía sola en un cerro. Tina seguía contándole al padre porque no pudo decirle antes sobre Amancaya, y era porque por alguna razón le tenía miedo de las personas, le pidió que cuidara de la niña, ya que, no quería dejarla sola, el padre accedió a su pedido asegurándole que la llevaría con él a la iglesia y Tina muy agradecida se quedó dormida por el cansancio.

El padre y el doctor comenzaron a conversar, dudando de Tina, sin creer, que una niña pudiera vivir en un lugar así, pensaban que pasaba algo más en ese lugar, pero dándose cuenta de que Tina podía tener razón en que la niña no iba a querer ir con ellos. Concordaron que lo mejor era tratar de convencerla por las buenas. Ahora el padre estaba preocupado porque la niña ya debería de haber llegado a la casa de Tina, el doctor analizando la situación le dijo que lo más probable era que la niña hubiera ido directo al cerro al verlos en la casa de Tina y que deberían ir a buscarla directamente ahí y el padre aceptó. De esa manera, el padre y el doctor del pueblo fueron rumbo al pequeño cerro para poder encontrar a Amancaya, dejando a Tina sabiendo que no podían hacer más por ella, pero sabiendo que aún podían ayudar a Amancaya, la niña que tanto ella amaba.

Al llegar al cerro mencionado por Tina quedaron impactados, más que eso, porque al entrar en la cueva donde vivía Amancaya encontraron oro, era oro puro, era como un sueño brillante ante los ojos de aquellos hombres que llevados por la ambición no dudaron en llamar a más gente para tratar de sacar todo lo que se pudiera, incluso el padre participó de ello, olvidando la promesa que lo había llevado hasta esa montaña y es que eso es lo que hace el oro, hechiza a las personas.

Por otro lado, Amancaya por un momento había olvidado el sufrimiento que sentía por el malestar de su amiga Tina, mientras se encontraba jugando con su nueva amiga, y es que nunca había tenido una amiga de su edad, no porque no quisiera, sino porque tenía una tarea especial que hacer y el tener amigos la alejaría de su propósito, pero ella creía que si solo se desviaba de su deber un día no pasaría nada, no le está haciendo mal a nadie.

—Deberíamos jugar siempre, o mejor quédate conmigo para siempre— le dijo Zara a Amancaya, sabiendo que pronto sería hora de ir a casa. Amancaya les explicaba que debía irse a casa de Tina, comenzando a caminar. —No— dijo Zara. — No vayas con ella, o ¿ella es tu mamá? — le preguntó incrédula.

—No— dijo Amancaya— mi mamá es más grande, pero no como mis tíos— dijo un poco sonriendo— Tina es mi amiga, tengo que ayudarla— y trató de irse nuevamente. Pero Zara decidido acompañarla, Amancaya estaba incrédula y emocionado pensando que probablemente podría conservar a su nueva amiga. Cuando se disponían a partir hacia la casa de

Tina, el padre de Zara llegó enojado y gritando. Le preguntó enojado a Zara en donde había estado que debía ir a casa, pero antes que la niña pudiera responder algo, el padre de Zara notó la presencia de Amancaya.

—Y esta niña harapienta, ¿quién es? — preguntó el señor haciendo una cara de asco mirando las viejas prendas que vestía Amancaya. Ella no lo entendía muy bien, pero veía en el rostro del señor el disgusto que sentía por ella con solo mirarlo. Zara trataba de defender a Amancaya de su padre, argumentando que era su amiga, pero su padre la regañó diciendo que no podía ser amiga de alguien que vestía con ese tipo de ropas y comenzó llevársela.

Amancaya, sin poder que hacer, solamente se quedó mirando como su amiga era arrastrada lejos de ella, recordando las advertencias que le habían dicho desde un principio, **"las personas no escuchan a nadie que no sean ellos mismos"**, le dijeron una vez. Le dijeron que no esperara mucho de los mayores, menos ayuda y ahora veía por qué. Recordando a su amiga Tina, corrió apresurada hacia la casa de esta, esperando que se encontrara mejor.

—¡Tina! — Llegó Amancaya hasta la casa de su querida amiga —Mi niña, que bueno que llegas, no quería irme sin despedirme de ti. Amancaya extrañada le respondió. —Pero a dónde vas, ¿me dejarás sola?

Tina le respondía que Dios la estaba llamando, pero que cuidaría de ella desde donde estuviera, para no preocuparla. Tina le aseguró a Amancaya que el padre la cuidaría cuando ella ya no estuviera, le recomendó que fuera buena niña. Pero Amancaya le decía que nadie era bueno, que su mamá se había dicho. Tina, sin entender lo que decía, le hizo prometer ser una buena niña empezando a cerrar los ojos. Amancaya le rogaba que no se fuera, que no la dejara sola, comenzando a entender que su amiga moría. Lo único y lo último que pudo hacer Tina fue prometerle estar siempre con ella. Mientras Amancaya le rogaba que no se fuera, Tina cerraba los ojos para siempre.

Amancaya con el corazón desconsolado y sin saber que hacer tomó rumbo hacia donde sabía que la podían consolar, aquel lugar donde sabía que estaría protegida y segura. Pero al llegar a su lugar seguro, vio como destruían lo que ella más amaba, lo que había jurado proteger, a lo que llamaba mamá.

Vio a hombres destruyendo a su madre, con picos y palas la destrozaban, alguna vez había escuchado de su madre que los hombres podían hacer eso, pero quiso creer que estaba equivocada, se dio cuenta de que no era así, ahí estaban el padre, el papá de Zara y otros tres hombres más que no sabía quiénes eran, le hacían daño a su mamá, fue corriendo a detenerlos, pero de nada serviría pues, los humanos solo se escuchan

entre ellos o de lo contrario escucharían el sufrimiento de su madre.

—Ya basta, ¡¡¡por favor no!!!, está sufriendo, ¿qué no la escuchan? — decía Amancaya empujando a los hombres en afán de que la escucharan, pero era inútil.

—¿Qué haces niña?, que no vez que aquí hay oro o es que acaso, ¿ya lo sabías?, ¿y, por eso, no le dijiste a nadie? — le decían con un tono acusador. —Le duele, ¿qué no escuchan?, le duele mucho. Decía Amancaya alterada, mientras que los hombres solo la veían con enojo, pero el padre la veía atónito por su comportamiento, pues el llanto de la niña no era normal. El doctor le decía que estaba loca, tratando de acercarse a ella, pero ella pateaba para que no se le acercaran.

—¡¡No!!, no pueden lastimarla, estoy aquí para cuidarla, no pueden hacerle daño.

—**Hija mía, no te preocupes más**— le dijo una voz, pero por alguna razón y como siempre nadie más que la niña podía escuchar, era su madre. —**Nos iremos justas, te llevaré conmigo, no podría dejarte aquí sola, solo lamento haberte hecho pasar por este dolor, el dolor de conocer a estas personas**— le decía su madre, mientras que los demás hombres solo la miraban extrañados, parecía ensimismada mirando hacia el interior de la pequeña montaña.

Uno de los hombres dijo que la niña ya estaba loca, que lo mejor era empezar con las excavaciones para acabar más rápido y sacar el oro, el doctor le dio la razón, mientras tanto Amancaya se adentraba hacia su cueva en la pequeña montaña.

—Está bien mamita, nadie nunca más nos hará daño, ¿verdad?, no sufrirás como lo hicieron mis tíos. Decía Amancaya —**Claro que no hijita, eso no pasara, ven conmigo.**

Mientras los hombres veían atónitos como Amancaya desaparecía en la cueva de la montaña, de ella salía una luz tan dorada que los enceguecía. De pronto sintieron como la tierra comenzaba a moverse, como todo parecía desmoronarse, vieron como la pequeña montaña desaparecía a orillas del río. Quedaron tan atónitos que no podían moverse, solo veían desaparecer a la montaña junto con la niña. Así, solamente quedo un desastre de tierra y un rastro de flores de amancaya donde antes estaba la pequeña montaña.

Cuenta el viento que, jamás hubo una niña llamada Amancaya y mucho menos una montaña llena de oro, cuenta que viento que esa historia solo se la inventaron esos cinco hombres, ya que al haber contado la noticia muchos fueron a buscar la dichosa montaña e incluso a la niña, pero nunca hubo nada. Cuenta el viento que comenzaron a buscar en el río,

puesto que, dedujeron que tal vez este se hubiera tragado a la montaña, pero jamás encontraron rastro de oro o el cuerpo de una niña, jamás hubo nada. Pero, el cuento también cuenta que muchas flores de amancaya crecieron donde había posado la pequeña montaña y del mismo modo paso en la tumba de Tina, también de vez en cuando se podía escuchar la risa de una niña flotando entre las montañas, pero. ¿Quién le hace caso a las cosas que cuenta el viento?